

# MISA CRISMAL

“Cantaré eternamente  
las misericordias del Señor”



Tunja, 30 de marzo de 2023

# MISA CRISMAL

Tunja, 30 de marzo de 2023

## “Cantaré eternamente las misericordias del Señor”

**E**l profeta Isaías nos ha descrito la que será la misión del Mesías y el santo Evangelio que acabamos de escuchar lo confirma: el Espíritu Santo conduce a Jesús para que proclame ante el pueblo, cuál es la misión que el Padre le ha encomendado. Ante todos los que están en la sinagoga de Nazaret, Jesús explica que en Él se cumple ese pasaje en el que se presenta a un personaje, al que el Espíritu Santo lo unge para que cumpla la misión de profeta, llevando a los pobres la buena noticia de que Dios otorga la liberación y el perdón para todos. Además de la cita de Isaías, san Lucas añade dos promesas más: Dios dará la vista a los ciegos y la libertad a los oprimidos.

La Liturgia para la cual nos congregamos en esta mañana está cargada de signos. En el centro está la bendición de los santos óleos, el óleo para la unción de los enfermos, el óleo de los catecúmenos que van a ser bautizados y la consagración del crisma para los grandes sacramentos que confieren el Espíritu Santo: la Confirmación, la Ordenación sacerdotal y la Ordenación episcopal. Es la unción de Dios que, por Cristo, en el Espíritu, se perpetúa en la Iglesia.

El aceite es símbolo del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, nos recuerda a Cristo, “el Ungido”. Lo que había sucedido en los reyes y sacerdotes del Antiguo Testamento de modo simbólico al ser ungidos con aceite, con la que se les establecía en su ministerio, sucede en Jesús en toda su realidad: su humanidad es penetrada por la fuerza del Espíritu Santo. Cuanto más nos unimos a Cristo, más somos colmados por su Espíritu, por el Espíritu Santo. Desde el bautismo nos llamamos “cristianos”, “ungidos”, personas que pertenecemos a Cristo y por eso participamos en su unción, somos tocadas por su Espíritu.

En primer lugar, bendeciremos el óleo de los enfermos. Tenemos ante nosotros la multitud de las personas que sufren: los hambrientos y los sedientos, las víctimas de la violencia, los enfermos con todos sus dolores, sus esperanzas y desalientos, los perseguidos y los oprimidos, los desplazados y desempleados, los migrantes y las personas con el corazón desgarrado.

El curar es un encargo primordial que Jesús ha confiado a la Iglesia, según el ejemplo que Él mismo nos ha dado al ir por los caminos sanando a los enfermos. Cierto, la tarea principal de la Iglesia es el anuncio del Reino de Dios. Pero precisamente este anuncio debe ser un proceso de curación: “...para curar los corazones desgarrados”, (Is 61,1). El anuncio del Reino de Dios, de la infinita bondad de Dios, debe suscitar ante todo esto: curar el corazón herido de los hombres. El Papa Francisco ha insistido en que la Iglesia debe convertirse en un hospital de campaña para curar y sanar las heridas de tantos hombres y mujeres lastimados. La primera y fundamental curación sucede en el encuentro con Cristo que nos reconcilia con Dios y sana nuestro corazón desgarrado.

El óleo para la Unción de los enfermos es expresión sacramental visible de esta misión. Desde los inicios maduró en la Iglesia la llamada a curar, maduró el amor cuidadoso a quien está afligido en el cuerpo y en el alma. Tenemos necesidad hoy de no banalizar el uso de este óleo. El significado de este óleo va mucho más allá de cualquier fin utilitarista o supersticioso. Está en la línea de devolver la integridad, la curación, la salud que Dios otorga. Los ministros procuremos utilizarlo para lo que está destinado: los enfermos y como todo sacramento, debe recibirse en estado de gracia. No unjamos indiscriminadamente; antes de hacerlo indiquemos a nuestros fieles la necesidad de estar en gracia para recibir la Unción.

Tendremos luego la bendición del óleo de los catecúmenos. Este óleo muestra un primer modo de ser tocados por Cristo y por su Espíritu, un toque interior con el cual el Señor atrae a las personas junto a Él. Mediante esta unción, que se recibe antes incluso del Bautismo, nuestra mirada se dirige por tanto a las personas que se ponen en camino hacia Cristo, a las personas que están buscando la fe, buscando a Dios, aquellos que como los griegos en medio de la fiesta judía “querían ver a Jesús”. El conocer a Dios no se acaba nunca. “Nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti”, enfatiza el santo de Hipona al inicio de sus *Confesiones*. Sí, el hombre está inquieto, porque todo lo que es temporal es demasiado poco.

Finalmente, consagraremos el más noble de los óleos eclesiales: el crisma, una mezcla de aceite de oliva y de perfumes vegetales. En la Iglesia, este óleo sirve sobre todo para la unción en la Confirmación y en las sagradas Órdenes. La liturgia de hoy vincula con este óleo las palabras de promesa del profeta Isaías: “Ustedes se llamarán ‘sacerdotes del Señor’, dirán de ustedes: ‘Ministros de nuestro Dios’”.

San Pedro, en su gran catequesis bautismal, ha aplicado dicho privilegio a toda la comunidad de los bautizados, proclamando: “Ustedes, en cambio, son un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anuncien las proezas del que los llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes eran *no-pueblo*, ahora *son Pueblo de Dios*”. (1 P 2, 9-10).

Los cristianos somos un pueblo sacerdotal para el mundo. Deberíamos hacer visible en el mundo al Dios vivo, testimoniarlo y llevarlo a Él sin temor ni vergüenza. ¿Abrimos a los hombres el acceso a Dios o, por el contrario, se lo escondemos? ¿No es verdad que muchos cristianos católicos están hoy como cansados de su fe, caminan hacia la indiferencia o prefieren ingresar a las novedades de grupos foráneos que se han apartado de la comunión con la Iglesia, una, santa, católica y apostólica a la que han pertenecido?

El Papa que nos ha invitado a una Iglesia en salida misionera, quiere también una Iglesia sinodal. Que todos caminemos juntos, no uniformados, pero sí cada uno aportando desde la comunión y la participación a la extensión del reino de Dios. Es hora de recuperar el ardor misionero, de lo contrario otros seguirán con sus campañas para arrebatarnos las ovejas de nuestro rebaño. En la Arquidiócesis hemos aceptado revitalizar nuestro proceso evangelizador, y qué importante que no se quede en buenas intenciones o peor, en la resistencia de quien no quiere caminar en comunión y participación.

Ya que la fidelidad del Señor dura por siempre, la misión indicada por el profeta es la que lleva a cabo nuestro Señor Jesucristo, y es la misma que está llamado a realizar hoy el sacerdote, el presbítero, como *alter Christus*. La Misa crismal es la ocasión prevista en la Iglesia para que los sacerdotes renovemos las promesas hechas el día de nuestra ordenación. El Señor nos ha regalado la oportunidad de

ser portadores de su gracia para los hermanos. No desperdiciemos esta gracia, no nos enfraquemos en envidias y celos, o distraídos en cosas banales, que no tienen nada que ver con nuestro ministerio.

No hay peor tragedia para el sacerdote que la de acostumbrarse a ser sacerdote, perder el fervor y la novedad que es la de ser otro Cristo. Alguien ha dicho que “las cosas de Dios cuando no son bien vividas matan las cosas de Dios”. Por eso, esta renovación de los compromisos sacerdotales, no puede ser un mero protocolo, un formalismo, sino el deseo sincero de que además de ser los dispensadores de los misterios de Dios, seamos también beneficiarios de estos sacramentos de salvación siendo, con nuestro comportamiento, auténticos testigos de Jesucristo el Ungido.

El sacerdocio no es un ministerio para el que lo recibe, sino para aquellos que el Señor le confía. No es para beneficiarse a sí mismo, sino para nutrir al pueblo santo con la Palabra, los sacramentos, el servicio. No somos profesionales que cumplimos funciones, somos prolongación de Cristo Buen Pastor, para dar vida al mundo. Sintamos que somos un cuerpo, el presbiterio, no valemos si no estamos todos unidos. El que se separa, se pierde y pierde a muchos, así la soberbia nos haga ver lo contrario. La unidad, es una gracia permanente, necesaria para orar, para amar, para evangelizar, para servir, para ser testimonio del buen Pastor.

Hoy renovamos nuestro compromiso de ser obedientes, castos, pobres y orantes. Hoy se hace urgente renovar nuestros compromisos de testimoniar a Cristo, máxime cuando la Iglesia y el ministerio son puestos en la picota pública y somos cuestionados por muchos sectores de la sociedad. No desconocemos que se han cometido errores, pero también es cierto que hay un movimiento de persecución hacia la Iglesia católica, tal vez con fines ideológicos que pretenden descalificar y destruir la cultura cristiana y acallar la voz de la Iglesia en temas de moral y costumbres. No obstante, toda la vergüenza por nuestros errores y los escándalos de algunos hermanos, no debemos olvidar que ayer y hoy, hay muchos ejemplos luminosos de fe; que hay muchos sacerdotes y consagrados que, junto con los fieles laicos, están comprometidos con la causa del Evangelio, irradiando el amor de Jesucristo. Muchos sacerdotes y consagrados que hacen vida el Evangelio, plasmado en obras de caridad y de misericordia en favor de los niños, los ancianos, los más pobres.

Renovamos nuestra promesa de obediencia como actitud de escucha, disponibilidad para la misión, para estar atentos a buscar sólo los intereses de Cristo Jesús, no los nuestros. Obediencia que se extiende a ser correctos en la administración de los bienes que son de la Iglesia y no personales, de la moral en la enseñanza y en la confesión, en la celebración de la liturgia.

Castidad consagrada en el celibato, para no tener el corazón atado, dividido, sabiendo que somos de todos pero de nadie en particular. Castidad como opción libre para estar disponible para la evangelización. Si la Iglesia existe para evangelizar, el sacerdote existe para ser evangelizador.

Desapego a todo lo efímero y pasajero, a los anhelos de tener y de poder. Se actualizan hoy las palabras del Papa Pío XI<sup>1</sup>: En medio de un mundo corrompido, en el que todo se vende y todo se compra, deben mantenerse los sacerdotes lejos de todo egoísmo, con santo desprecio por las viles codicias de lucro, buscando almas, no dinero; buscando la gloria de Dios, no la propia gloria. Qué dolor cuando los celos y envidias entre los sacerdotes se dan por la categorización de las comunidades, como si ese fuera el criterio para movernos a lo que hemos sido llamados: a evangelizar.

El poder vivir en obediencia, castidad y espíritu de desprendimiento sólo se consigue con espíritu de fe y en actitud orante. Tenemos que ser hombres de oración, como lo fue nuestro Señor Jesucristo en su continua intimidad con el Padre. Decía Pío XII: “Si quieren que los fieles oren con devoción, denles personalmente el primer ejemplo en la Iglesia, orando ante ellos. Un sacerdote arrodillado ante el Sagrario, en actitud digna, en un profundo recogimiento es para el pueblo ejemplo de edificación, una advertencia,

.....  
1 Pío XI, Encíclica *Ad Catholici sacerdotii*: A.A.S. 28 (1936), 28

una invitación para que el pueblo le imite”. Amados fieles que nos acompañan hoy, no dejen de orar por nosotros los ministros y consagrados. Necesitamos su oración.

*Mutandis mutandi*, hago propias las palabras de los padres sinodales, junto con el Papa san Juan Pablo II, en la clausura del sínodo que produjo la exhortación *Pastores dabo vobis*, - les daré pastores- para hacer un sincero reconocimiento a los sacerdotes de esta querida Arquidiócesis de Tunja: “Con ánimo agradecido y lleno de admiración me dirijo a ustedes, que son mis primeros cooperadores en el servicio apostólico. Su tarea en la Iglesia arquidiocesana es verdaderamente necesaria e insustituible. Ustedes llevan el peso del ministerio sacerdotal y mantienen el contacto diario con los fieles. Ustedes son los ministros de la Eucaristía, los dispensadores de la misericordia divina en el sacramento de la Penitencia, los consoladores de las almas, los guías de todos los fieles en las tempestuosas dificultades de la vida. Los saludo con todo el corazón, y les expreso mi gratitud y los exhorto a perseverar en este camino con ánimo alegre y decidido. No cedan al desaliento, no se dejen robar la esperanza. Nuestra obra no es nuestra, sino de Dios. El que nos ha llamado y nos ha enviado, sigue junto a nosotros todos los días de nuestra vida, ya que nosotros actuamos por mandato de Jesucristo”<sup>2</sup>.

.....  
2 Cfr. S. Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 4

En fin, agradezcamos al Señor que nos reúne hoy en torno a esta Mesa eucarística, camino hacia la Pascua. Agradezcamos el que a través de los signos sacramentales nos haya hecho sus hijos por el Bautismo, sellado con su Espíritu en la Confirmación, y a algunos nos haya consagrado por el sacramento del Orden. Que María, nuestra Señora del Milagro nos anime, para que como ella, nos dejemos invadir por el Espíritu Santo, para seguir cantando por siempre las misericordias del Señor. Amén.

+ **Gabriel Ángel Villa Vahos**  
Arzobispo de Tunja





Arquidiócesis de Tunja

 **BUHOS**  
EDITORES

Tel. 608 744 2264  
Cel. 314 411 5024  
[buhosedi@gmail.com](mailto:buhosedi@gmail.com)